

# Anotaciones de un viaje botánico (y algo más) por Japón



Francisco Alcaraz Ariza

El congreso de la IAVS (International Association of Vegetation Science) celebrado a finales de julio del año 2000 en Nagano (Japón) y la excursión posterior organizada por casi todo Japón, desde la isla de Hokkaido, al norte, hasta la de Yakushima, en el sur, era una oportunidad única para contactar con otros investigadores, conocer las tendencias actuales en estudios de la cubierta vegetal, conocer la vegetación de Japón y, como no, a sus pobladores y costumbres. Además durante la semana que duraba el congreso nos alojáramos con una familia japonesa, lo cual nos iba a permitir un contacto real con la vida diaria en el país.

Japón es un entramado de islas que en conjunto ocupa una superficie como la mitad de España (figura 1); el rango latitudinal va desde más de 40° en la isla de Hokkaido, hasta los 28 en la de Okinawa, lo que determina una gran variación ecológica y, por tanto, de su cubierta vegetal. En el grupo de islas grandes, integrado de norte a sur por Hokkaido, Honshu, Sikoku y Kyushu, hay una notable disimetría climática entre el lado Oeste, que mira al mar de Japón y recibe temporales fríos desde Asia que originan inviernos muy crudos, con nevadas muy notables ya desde altitudes medias, y el Este que mira al Pacífico y es mucho más cálido hasta el punto de que los bosques de laurisilvas cálidas llegan tan al norte como Tokyo.

La excursión del congreso nos iba a llevar desde Nagano, 200 km al Oeste de Tokio, donde se celebraba, hasta el norte en Hokkaido, con ascensión al piso alpino en el monte Kurodale, y progresivamente ir bajando hasta Kyushu y de ahí en barco hasta la isla de Yakushima, uno de los lugares más lluviosos del mundo con registros anuales de hasta 10000 litros.

La estancia en la primera semana en la casa japonesa, donde pudimos conocer a la entrañable familia Saito, Kakuji (el padre, representante de té), Emiko (la madre) y Megumi, Kenji y Midori (los hijos) fue toda una experiencia. Nada más llegar (tras 13 horas de avión y una comida infernal), nos recibieron con una cena japonesa típica, en el suelo, a base de *norimaki*, *soba* y *tempura*; fue un choque demasiado intenso. El último día nos llevaron a un "restaurante familiar" de sushi, con la típica barra circulando y los más variados frutos del mar (salmón, atún, pulpo, calamar, hueva de salmón, etc.) dispuestos tal cual (crudos) sobre masa de arroz insípido y láminas de Porfira (nori) de sabor que recuerda al desagradable hedor de las masas de *Posidonia* en nuestras playas tras unos días de tormenta; pudimos "degustar" una gran variedad de tipos de sushi (*nigiri*, *gunkan*, *temaki*, *chicashi*, *inari*, *ikura*, etc.) con su correspondiente salsa picante, el *wasabi* (detalles sobre comida japonesa en <http://www.japan-guide.com/e/e2035.html>). Pero consideraciones gastronómicas aparte, nunca olvidaremos el trato amabilísimo que nos dieron.

Durante la excursión nos desplazamos por tierra (los trenes de alta velocidad que a los turistas con un bono especial nos salen muy económicos, pero a los lugareños cada viaje les cuesta un pico; también hicimos algunos tramos en autobús), mar (barcos-ferry para ir a Yakushima o de Shikoku a Honsu; por cierto que la experiencia en barco desde Tokushima a Wakayama fue única, pues junto al barco las transparentes aguas nos dejaban ver los peces martillo por debajo, y por encima era increíble ver los saltos de los peces voladores) y aire (varios vuelos en los tránsitos de una isla a otra).

Recuerdo especialmente alguna de las excursiones por la espectacularidad de los paisajes y de la vegetación, así como por las características de las poblaciones que visitamos. En Hokkaido la subida al monte Kurodale fue fantástica, atravesamos bosques de robles, bosques mixtos de abetos y abedules (esta mezcla respondía a una situación dinámica de bosque en recuperación tras la destrucción hacia décadas del abetal por un tifón) y finalmente un piso alpino con pinos enanos en las zonas de acumulación de nieve y unos prados aplicados al suelo con muchas similitudes, incluso florísticas, con el norte de Europa (figura 2). Sapporo es una ciudad increíble, con un ambiente nocturno tremendo; aquí vimos por primera vez una de las cosas que más gustan a los japoneses el karaoke. Restaurantes con karaoke, pubs con karaoke (la familia Saiko intentó llevarnos a uno, pero conseguimos evitarlo con mil excusas); también abundan en Sapporo locales para menesteres menos confesables ^\_^.



Figura 1. Principales islas y ciudades de Japón

Ya en la isla de Honsu, en su parte norte visitamos las montañas Shirakami, en las que atravesamos durante unas horas un hayedo precioso y muy bien conservado. Ese día hizo mucho calor y el aguerrido botánico ibérico y acompañante pudo ver como sufrían los austriacos, alemanes, holandeses, etc. mientras nosotros nos movíamos a nuestras anchas y hasta nos permitíamos hacer las bajadas a alta velocidad.

La siguiente etapa fue la subida al Fujisan (cuando lo nombramos como Fujiyama los lugareños casi se parten de la risa, ¡nunca pude saber porqué!). Un paseo por el piso alpino, muy alterado por el nutrido grupo de visitantes anuales y por la devastación que causa el volcán de vez en cuando, una parada a petición mía (pues había que llegar a tiempo a los actos políticos) en el abetal y poco más. Aprovecho aquí para resaltar la cantidad de actividades políticas que nos incluyeron en la excursión, pues al parecer para compensar los carísimos precios de hospedaje en Japón (el último día, antes de volver a España, nos pagamos un hotel en Tokio y una habitación doble nos salió por unos 168 € al día y, ¡no miento!, apenas podíamos abrir las maletas en ella) los ayuntamientos ayudaban económicamente a la excursión pero a cambio montaban reuniones con niños que nos acompañaban o comidas en las que nos ponían "voluntarios" que chapurreaban el inglés. ¡Bueno!, en Fujisan nos pusieron un "voluntario" que había estudiado en Granada y que incluso había organizado una excursión del grupo folclórico "Virgen de la Vega" (de Murcia) por Japón. Al parecer en Japón, un país desmilitarizado tras la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos hacen una especie de Servicio Civil como "voluntarios";



Figura 2. Aspecto del piso alpino a 2000 m en el monte Kurodale (Hokkaido)

Kakuji, nuestro anfitrión en Nagano, había sido chófer de personajes ilustres y atletas en las Olimpiadas de Invierno de Nagano (1998), ahora toda la familia realizaba otro servicio social al acogernos en su casa.

Las jornadas en Fuji City fueron particularmente pródigas en actos políticos, en acompañamientos de voluntarios y toda la parafernalia; eso a veces me crispaba los nervios, pues pasábamos de largo por paisajes increíbles para llegar a tiempo al siguiente acto oficial.

En nuestro periplo hacia el sur pudimos ver en todo su esplendor la laurisilva infracolina en Okayama, con bosques de *Castanopsis cuspidata* que por su diversidad dejan en mantillas a los canarios. Por cierto, la existencia de estas laurisilvas que están resguardadas de los vientos fríos procedentes del continente asiático, por lo que al principio aparecen sólo en el oeste de Honsu, se debe a un clima tremendamente caluroso y húmedo; por ello en las calles de Tokio mucha gente llevaba colgada del cuello una toallita alargada con la que se quitaban el constante sudor; nosotros pronto aprendimos su utilidad y en casa tengo un par de toallitas con símbolos del Fujisan; el ambiente era realmente agobiante, con más de 30 grados y 100% de humedad.

Uno de los descubrimientos que los mediterráneos pusimos de relieve es que en las zonas de laurisilva los suelos más secos, de laderas rocosas y dunas fijas, llevan vegetación esclerofila (¡a ver si aprendemos a pronunciar y escribir el término, que todo el mundo dice erróneamente "esclerófila", hasta en libros de texto!). Los esclerofilos son muy conocidos de zonas mediterráneas, pero las mayores extensiones de estas formaciones adaptadas a la sequía temporal están en zonas tropicales con un periodo del año seco, o en posiciones topográficas y/o suelos con características físico-químicas que les hacen retener mal el agua. El gran preboste de la vegetación japonesa, el geobotánico más conocido de Japón, A. Miyawaki, se puso tan contento con el descubrimiento que aprovechó los actos políticos en Okayama para pedir ayuda económica al gobernador encaminado a estudiar este tipo de vegetación (chocaba ver como los devotos de Miyawaki, que eran muchos, se sentaban en el suelo para estar por debajo de la altura del maestro).

Pero sin duda lo más impresionante del viaje fue la visita a la isla de Yakushima, declarada patrimonio de la humanidad, con unas laurisilvas de hoja ancha en la zona media y baja y la increíble laurisilva de coníferas con los cedros japoneses (*Cryptomeria japonica*) en la zona media-alta, con hasta 10.000 litros de lluvia, gigantescos árboles sobre cuyos troncos los que la humedad reinante permitía que enraizaran directamente otros árboles, turberas; finalmente las cumbres aparecían con un prado alpinoide de bambúes enanos; junto con los bosques de *Sequoia* del Pacífico de California, los bosques de *Sequoiadendron* de la Sierra Nevada Californiana y el semidesierto de los cirios (*Idria columnaris*) en la Baja California, esa isla y sus bosques forman ya parte de los sitios más increíbles que he tenido la fortuna de ver.

Dejo para otra intervención en *Bacteria* otros temas interesantes, como más detalles de la comida, los templos y costumbres japonesas, la visita al barrio de la electrónica en Tokio, un zoco del siglo XXI, etc.